CORREO PARA LA MUERTE
(Carta al poeta Ramón González-Alegre)

Querido Ramón: Hoy —14 de septiembre de 1969— hace un año que recibía una carta tuya fechada en Vigo. Me extrañó la imposible diligencia, pues la misiva no llegaba por correo aéreo. En el matasellos redondo —correspondencia ordinaria—, se lee entre dos circunferencias concéntricas: SUCURSAL N 5, en la parte alta. Separado por dos adornillos (X), en la comba inferior, también en versales —de verso—, VIGO. Enmarcado por las paralelas del círculo inscrito: 13 SEP. 68, sin hora de recogida. El sello de franqueo —1,50 pesetas, aún sin la adehala gibraltareña del patriotismo: 0,50 pesetas— representa el castillo de Peñafiel, en Valladolid, alusivo a la roca de la lealtad castellana. Antes se había llamado *Peña Falcón,* nombre bien puesto: en verdad es una gigantesca ave de cetrería que vigila sobre un roquedo impresionante para los medios bélicos de su erección. Su morador más notable —sí, ya sé: antes reyes y caudillos moros o cristianos— fue el príncipe por sangre —azar— y por letras —merecimiento—, don Juan Manuel, que nació en el castillo toledano de Escalona —por donde, en acción nada heroica, pasaría luego Lazarillo—, allá por el siglo XIII, el de *El Conde Lucanor,* que ya escandía endecasílabos

(Non aventures mucho tu riqueza
por consejo de home que ha pobreza.)

entre batallas de reconquista y luchas civiles, alternadas con abrazos a las buenas mozas reidoras y ruborosas, entretenimiento original y eterno.

Total, Ramón, que te habías equivocado. El dato resultaría tonto de no haber ocurrido algo —¡casi nada!— definitivo, que me tiene sobre la nostalgia y las cuartillas: morías en Vigo (Pontevedra) el día 15 de septiembre de 1969. Caíste fulminado, herido en el corazón, que no pudo más contigo. Y, asimismo, por parálisis de ese órgano tan sensible llamado hígado, asiento del valor —hombre de hígados—, generador de la sangre como creía falsamente Galeno y muchos siglos occidentales con él. Del corazón se dice que es el manadero de la sentimentalidad. (¡Cómo te reías cuando yo le llamaba víscera de la sentisementalidad, pues el sentimiento sano acaba en Eros! El hombre es un ser sentisemental, entre infinitas cosas.)

Ahora recuerdo que Francisco Pablos, escritor salmantino, cervantinista —para mí un aval—, en tareas periodísticas por el Vigo —a veces *Vaigo,* a lo norteamericano, para el humor gallego— trepidante, hablando de tu muerte vino a vino, me contaba que un domingo, a la salida de un partido de fútbol celebrado en Balaidos, te encontró anheloso, ceniciento, sentado en un guardacantón en espera de un taxi, porque la bomba cordial no te mandaba resuello para caminar. Igualmente me dijo Pablos, al contarle lo de tu carta, que encima de tu mesa de trabajo estaba mi *Apelación al tiempo* y unas notas sin concluir que no sabías eran las últimas. Cuando le dije, con humor más negro del querido, que no me imaginaba tan mortífero a mi libro, me respondió piadosamente: «¡Hombre! Ya sabes que estaba desahuciado.» Y sonrió para que no quedásemos como ingenuos ninguno de los dos.

¿Fue *mi* carta lo último que escribiste, con esa inconsciencia del cántaro que ignora su quiebra al momento siguiente? ¡Y luego dicen que las fechas no tienen importancia! Tal vez, cuando todo esté en el muladar —o almáciga— del olvido o del origen. Mas qué sagrado e irreversible el *tiempo mío,* el de cada cual, el humano tiempo de los pasajeros hombres, no el cronológico de los relojes, el convenido, donde *1* es igual a *1,* mientras aquí uno es distinto de otro, y gracias a él: no hay yo sin tú ni nosotros sin vosotros, y viceversa.

Me acuerdo del 14 de septiembre porque así está escrito en tu última carta, anticipando el futuro. Y porque hoy es 14 de septiembre —otro— y viene el recordatorio del primer aniversario de tu muerte en un periódico —no suelo leer las esquelas mortuorias: ¿miedo a encontrarme con la mía?—. Hoy es domingo —propicio al descanso y a la escritura— como otro distinto 14 de septiembre de hace veintidós años, que no os dice nada, pero sí a otra persona. (¿Otra persona la esposa, aunque el amor quiera fundir «dos pabilos en una misma llama», y a ratos se consiga, como en la metáfora mística, si bien no eternamente, ¡ay!, limitación, cada cual perdido en su sí.)

El 14 de septiembre mío fue domingo asimismo, día del encuentro y reconocimiento. *(Benedetto sia'l giorno, e'l messe, e'l anno,* decimos con Petrarca, cumplidos en el amor honesto. Y bendita la hora, le faltó decir al iniciador del humanismo, aunque el tiempo del corazón no cabe ni en un endecasílabo italiano.)

El 14 de septiembre tuyo —1968— era sábado de un año bisiesto y funesto: Eduardo Vicente, el ángel que le nació a la pintura de Goya; mi hermana Alejandra; el tío Emilio, que prefirió saber a mandar, y murió en paz y sin enemigos; el volcán de amor y poesía de León Felipe, muerto en el exilio agrandador; don Ramón Menén-

dez Pidal, el gran maestro de la lección trabajadora y continua; tú... La devoción y la sangre, la mutilación y la melancolía, la soledad más cercadora y manante. Sabías que no soy supersticioso —por lo del refranejo—, pues no ignoro lo bastante para serlo. Mas el martillo batió tanto, tan hondo y repetido, que hasta el hierro frío se ablandaba, dejándose moldear por oscuridades y temores.

(Y aquí, de *pasada* —¡y tanto!—, al recontar mis muertos, algunos comunes, te diré que —¿lo sabes ya?, ¿es verdad que ya estáis *ahí*, eternos, limpios, en claro?— el 1 de agosto de este año —1969—, para lastrarnos las vacaciones y no dejarnos respiro, se nos murió el magnífico Miguel Labordeta en su Zaragoza entrañable. Había nacido en la capital del Ebro el 16 de julio de 1921, por lo que cumplió los cuarenta y ocho años y una quincena de propina, mientras a ti te faltaron dos meses para igualar su ciclo temporal. Notarás que cuento los días con avaricia de mendigo, que empiezo a padecer el tiempo en la carne, y su fugitividad; que ya el gran devorador no es retórica para los que tenemos más tirones bajo tierra que en este mundo tan áspero y maravilloso. El gran poeta español de Aragón, el de *Sumido 25, Violento idílico, Transeúnte central, Las 9 en punto, Metalírica, Oficina de horizonte,* entre lo publicado en verso; el buceador en nuevas formas expresivas, ingenioso y desgarrado, gracianesco por talento y cultura, superrealista porque no le consolaba del todo la razón, en él tan poderosa, cultivado y espontáneo, de hombría y llaneza, trabajador y recoleto, cabeza imperial romana en mármol definitivo cuando vivía, ya no está ¿Os estáis riendo de mi angustia por esos pagos de la muerte, sin temor, en claro y comprensivos, corriéndoos un gran juergazo lírico? Porque si no, ¿dónde han ido a parar vuestro pensamiento, vuestros versos aún no escritos, la experiencia, la vida atesorada de vuestra existencia aquí?

Yo,
Valdemar Gris,
habitante de este mundo,
niño antiguo de veinticinco ríos secos de edad,
os traigo mi humilde mensaje de primavera
y os digo con alegría de estrellas en los ojos:
Todos los jóvenes del mundo somos hermanos.
Somos todos hijos del sol y del misterio.
Una misma mujer humana
cantó sus dulces canciones nocturnas
creyendo ver al borde de nuestros tiernos vientres
un signo por encima de alfabetos y razas
que inundaría las tierras...)

Naciste, amigo Ramón, el 30 de noviembre —mes de los Santos— de 1920 en Villafranca del Bierzo (León). Al morir no pudiste cumplir los cuarenta y ocho años de andar aspeado y sin sosiego por este mundo tan revuelto en un país más convulsivo aún, sin horizonte demasiado claro nunca, entre el silencio forzoso y la explosión visceral, acallados o empentonalmente anárquicos. (Y no paso de una cosa a otra —aunque todo se funda en la vivencia última—. No debía decírtelo, porque pasamos muchas horas, serenas o febriles en aclarar y aclararnos, en contrastar experiencias y esperanzas, sueños y heridas. ¿No es lo nuestro ver —*¡luz, más luz!*—, intentarlo al menos? Tú sabías de mis ojos miopísimos —ahora menos, doctor García Castellón, taumaturgo científico de mi luz— y de mis ignorancias, de mis hambres milenarias de claridad mental.)

Como tantos —¿todos?— españoles, fuiste hombre frustrado, impedido. (También los impedidores, aunque no se les alcance.) ¿Por culpa propia, del material de que nos hacen, o por impedimentos ajenos, cegueras y embestidas, grupos de presión económica y grupos de presión sanguínea? Quisiera poder contestar honestamente sin que los acéfalos, los belígeros, los depositarios de la verdad, los biempensantes —los que no piensan porque todo está ya decidido para su comodidad y mando— sacasen las etiquetas que no arreglan nada. Para nuestra tristeza, no hemos dado de sí lo posible, incluso quienes más consideramos —¿te pongo Ortega y Gasest, te cito a Machado, contra quien empiezan a sacar los colmillos algunos que le tomaron como parapeto, muchos analfabetos pontificantes?—. Y no digo los actualísimos, los gananciosos, los que confunden aldea y universo, los del casinillo y el mundo acaba en nuestras barbas. No hemos logrado cumplirnos ninguno, por notorio que sea el pavoneo de los imbéciles, de los que confunden ajetreo y gritito con movimiento y palabra creadora. ¿Mala materia? ¿Mal crisol? ¿Horno sin temperatura adecuada, arrebatados o crudos los panes?

Si echo la vista atrás, a los amigos que te precedieron, advierto que están incursos en la misma dolencia —y varios pasaron de los años precisos para no llamarse malogrados—: unos por tempranamente segados y sin granar; otros, por culpa de pasiones improcedentes. En mi sobrecogedora galería todo son muñones, torsos rotos, indicios de lo que no llegó o no pudo encañar, de lo que acabó su posibilidad. Y el árbol solitario no hace bosque, el solo no cuenta, el extrañado no sabe ni es sabido. Nuestro vivir es una irritación permanente, cuya causa es cuestión de honor —de vida o muerte— averiguar. ¿En quién va a descansar, con quién dialogará, a qué autoridad se confesará, a

quién aprovechará su talento y su obra si no lo gastan los demás?, se pregunta el despierto, el que no halla respuesta.

No hemos llegado —los hombres de nuestras generaciones— a casi nada, ni a morir: más que vivos somos supervivientes, supernumerarios vitales sin plaza, ni dentro ni fuera de este mundo. O por si resultase más justo: no he llegado a casi nada, a lo sumo a tener dolorida conciencia de mi cuasi nihilidad, neologismo que pone máscara —incluso de pedantería— de juego y sonrisa a la tragedia.

Los hijos —cuando han venido—, por lo regular han llegado tarde: los hombres que sabrían estar con sus nietos no consiguen adecuarse a sus hijos, abuelos de éstos. (Sin contar esa crisis de fe, de no saber a qué atenerse, de falta de mañana —inseguridad, ausencia de continuidad— que hace echar las patas al alto, amancebarse con lo sensual y electrodoméstico a millones de semovientes o de seatientes.) Y los viajes dentro y fuera de la patria ya no apetecen —¡malo!—, degradado el apetito vital o con otro signo más modesto y subsistencial. Porque no fue viajar hacerlo a tiros o bajo las bombas, ni se ve el paisaje desde la cámara de gas, ni se tiene vagar en los campos de concentración más que para el piojo y el hambre, ni se dialoga con la boca cerrada. ¿Y las cátedras con las que soñó la vocación y el trabajo e impidió el color real o etiquetado con mala sangre?

No fue ése tu caso, mas tu afán universitario tampoco se satisfizo, zozobrado entre necesidades e inmediateces urgentes, perdido en leguleyerías, donde se ciega para ver tuerto al prójimo, tú que eras dialéctico y pensante, hombre meditador más que de acción, de diálogo más que de oposición y pugna. No contestabas a la violencia con la violencia, sino con el retiro. Pero el amor, pero los hijos, pero María de los Angeles, la mujer que te supo ver y aguantar las excentricidades del poeta —maternales mujeres las de los poetas, niños—, sus barruntos desoladores y sus cambios de humor, sus ventoleras independientes de la voluntad, porque alguien sopla en el giraldillo de la torre y tañen las campanas solas. Quede aquí —reverencia y homenaje— su nombre completo: María de los Angeles Burgueño Cela, si no recuerdo mal, de vallisoletana castellanía. Y luego las cinco llagas luminosas, las cinco esperanzas, las cinco partes de tu mundo, las cinco puntas de tu rosa de los vientos —de vuestra rosa—: Ramón, José María, Angeles, Ana y Alberto. Cinco bazas y cinco triunfos para vivir con aquel corazón escorado que te volcó, cinco razones para no matar, para no morir ni después de muerto. Porque algún hijo, algún nieto vengarán el olvido, harán lo que no pudiste llevar hasta el cabo, lo que no te permitieron el tiempo y los trabajos de pan traer, que no siempre lo conseguían.

Apago mis preguntas, en cierta medida mi requisitoria a una sociedad insolidaria y cruel, a un montaje sobre el dinero, el sexo y la violencia. Porque tú —ninguno, fuera de los hijos de papá, cuya confortabilidad no significa altitud mental o ética— no conseguiste la instalación social adecuada, el encaje en su sitio, el enquiciamiento que no hace rechinar o resentirse. ¿Dónde el respeto, para qué cuando uno se nota lunático y payaso que ofrece versos o prosas a los que reclaman berzas, a quienes sólo quieren pienso, a cuantos creen —y practican— que el amor es roce y fantasía y lo demás son puñetas. (Fea palabra, ¿verdad? ¿Y los hechos? ¿O ahí —hablo para los muertos— también hay que guardar las apariencias, el orden público y sofocar el orden moral?)

A ti, querido Ramón González-Alegre —¡y *Olé!*, como en el *cuplé* populachero para satisfacción de... ¿me atrevo a decir lo que pienso, puedo decirlo sin peligro?—, a ti, hombre estrujado en un rincón de España, con más poemas, fantasías y prosas que dinero —¡un loco, Señor!—, te alcanzó un mínimo reconocimiento como viático para morir. Ahora —¡y dicen que no queman, levantan y destruyen las palabras!— me hablan de un monumento alzado a tu memoria en tu tierra. No está mal, sino muy bien —¡qué no diríamos tú y yo mano a mano ante mi poema, aún no escrito «Para agradecer una lápida»!—, pero también llega a destiempo. ¿Y si en lugar de monumentalizarnos —previo paso por la tumba— nos leyese alguien? ¿Que eso es cosa nuestra, porque otros son leídos? (¡Y nunca poder cantar las cuarenta!) ¿Y si nos tomasen en serio alguna delicada vez —no quiero repetir atrocidades—?

Sí, amigo Ramón. Al año mismo —¡diligencia antiespañola!— de tu muerte, se ha inaugurado un monumento, o más cordialmente, un recuerdo al poeta villafranquino Ramón González-Alegre Válgoma o de la Válgoma. Y por suscripción popular, eso que nos clamorean que el pueblo no tiene gusto por la poesía —así se le puede dar bazofia—, según los comerciantes de almas y los tratantes en hombres, maranchoneros trágicos. Se trata de una piedra primorosamente labrada —¡canteros escultores del románico Camino de Santiago!—, que ostenta una medalla en bronce con tu vera efigie —disculpa la expresión mostrenca en gracia a su pequeña uva—. Está situada en el bello jardín de tu pueblo: en la Herradura de la Alameda. Y para dejar constancia de tu amor a las raíces, tres de tus versos al río Burbia:

Paso entre mirtos a rozar tu llanto
y me comporto como los jilgueros.
¡Quiero cantarte tantas veces tanto!

(En tu libro *Por entre el arpa y la saudade,* al hablar del valle del Salnés, al amparo de una cita de Valle-Inclán, aciertas a decir espléndidamente: «Y surge tal una canción, que es como el ruiseñor responde a la libertad.»)

Tú —y todos los que tenemos cepellón campesino— tenías el sentido y el sentimiento de la tierra matricia oreándote la palabra, olor a tierra mojada entre los surcos del verso. Para ti la clave del arco vital era el nombre acunador del Bierzo:

Bierzo mío, Bierzo amado,
Bierzo alto, Bierzo bajo,
Bierzo leonés, Bierzo galaico,
Bierzo de vides, de castaños,
Bierzo de montes cotidianos...

Y la sangría —amorosa— sin cerrar de los puntos suspensivos, letanía para repetir sin cansancio, con temblor y morriña diariamente renovados. ¡Morir en este Bierzo frío, y cálido, y cambiante con la hora, con el día, incorporado al pulso y la saliva!

Para tu satisfacción —y te gustaban las satisfacciones del diálogo y del banquete (comer sin hablar, pastar), de la fiesta y del recogimiento, del entusiasmo dionisíaco y del arrepentimiento penitente, complicado, fabuloso y fabulador, crío y paternal Ramón—: no sólo de autoridades vive el poeta. Entre otros —entre muchos niños que un día sabrán tus versos de memoria para aliviar los caminos amargos y las soledades repuntadas— estuvieron con presencia y voz algunos paisanos tuyos. Antonio Pereira, buen poeta y novelista, como prueban *Del monte y los caminos* y *Una ventana a la carretera.* O Ramón Carnicer, el dolorido autor de *Cuando las Hurdes se llaman Cabrera,* el amante del idioma, en *Sobre el lenguaje de hoy.* Y el poeta burgalés leonizado Victoriano Crémer Alonso —*Furia y paloma, Nuevos cantos de vida y esperanza...*—, que meditó en San Marcos de León como antes lo hiciera Quevedo, con un río por cabecera. Y el genealogista, historiador, académico y familiar tuyo don Dalmiro de la Válgoma, que se adhirió por carta. (Claro que los villafranquinos tienen tradición cultural —y memoria—. Paisano vuestro fue el ilustre ilustrado padre Sarmiento —Pedro José García Balboa, en el siglo—, el de *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles,* defensor de la razón y de la luz, que acrisolan el sentimiento religioso. Y Enrique Gil y Carrasco, *Cisne sin lago,* en la justa, lúcida y bien escrita biografía del estupendo Ricardo Gullón. El autor de *El señor de Bembibre,* «el más dulce poeta de la época romántica», murió en Berlín a los treinta y un años, diecisiete menos que tú.)

Resultó tan noble, sencillo y cordial *aquello* que casi merecía la pena haberse muerto. Por lo menos para dejar de padecer tanto agobio, para bajar la defensiva y tumbarse en la cuneta, para que nos vean correctamente y sin prejuicios. (O para que nos olviden, que no es lo peor.) La constitución histórico-social de España —¡y dale, molino!— está montada más sobre la caridad que fundamentada en justicia, sobre la tormenta del corazón —normalmente de secano—, que asentada en cimientos racionales. Así andamos de inciertos, azarosos y caprichudos. Como en el viejo paternalismo caciquista, simple medalaganismo, elemental voluntariosidad visceral incontrolada. ¡Ay, Ramón! ¡Ay, Miguel! ¡Ay, X! ¡Ay, ay, ay, ay!

Sí, muchos ayes supura esta carta. Y los que no se ponen, no por miedo o por cuquería, sino para no condenarla a mayor ineficacia. Tú —que fuiste abogado en ejercicio, no como uno, que no se atrevió con el positivismo jurídico: ¿por amor a la Justicia, demasiado mayúscula para resultar humana?—, postulaste justicia para los demás, la que no se hizo para ti, atenido al favor, a la cicatería de lo que era tuyo. ¡Ojalá —invocación al profeta Alá de la catolicísima España—, ojalá fuese todo Código penal ordinario —sin jurisdicciones exentas— para la injuria y la calumnia, lo más que yo pido! Responsabilidad —de todos— y seguridad —para todos—. Para la injuria y la calumnia. Y para los otros delitos, claro —entre los Mandamientos se cuentan nueve a más del sexto—, incluido el aún no tipificado de impedir la persona. Pero esto es moral, me dicen, y fantasía. ¿Tal vez el Derecho, la ley —su expresión histórica— no es moral, no se fundamenta en la conducta que hace buenas las bellas palabras? ¡Caprichos tiene, querido Ramón González-Alegre, poeta y abogado, ayer vivo y hoy muerto, la inauguración de un monumento! Prosigamos bien:

¡Alma, que a Villafranca debes tu venida
en mi cuerpo tan pobre y tan cuitado,
llévame al inmortal de la belleza!

(¿Que el primer verso tiene trece sílabas y los restantes once, y que el soneto preceptivo debe... ¡Váyase usted a paseo, por decirlo decentemente! No desprecio la música, no repudio nada verdadero —¿y qué es la verdad?—, aunque me importa más el sentido que la forma —sí: no se pueden separar—. Si quiere, señor retórico, empiece: *A Villafranca debes tu venida...*, y lo que sigue tendrá idéntico estremecimiento. Y por si se le ha olvidado: no andamos de crítica, sino de llanto.)

Mas vengamos a tu carta, testimonio impagable, última palabra, decir testamentario. En el ángulo superior izquierdo de una holan-

desa se lee, en dos renglones impresos: *Ramón González-Alegre. Abogado.* En tres líneas del ángulo superior derecho del papel, igualmente con letras impresas: *Gran Vía, 198, 2.º dcha. Teléfono 233276. VIGO.* Y, seguidamente, el recordado y mecanográfico 14-9-98. Después de llenar el folio a máquina, añadiste, con lápiz azul de trazo grueso y subrayador algunos piropos para mi intimidad casera, referencias a mi libro de versos a Cervantes —supongo seguirá sin llegar a Vigo, por culpa de la distribución y parvedad de la tirada y de su precio de bibliófilo—, añadías: «Saludos a los amigos del Gijón, el café —digo yo— para el diálogo y la amistad, donde siempre suele haber alguien *de guardia* para quien desee hablar de lo literario y de lo divino y de lo humano, puerto franco del pensamiento y de la lírica, isla liberal en la que no es delictivo razonar, tener opiniones, disentir de hechos o teorías.

Querido poeta:

Perdona que no te escriba a mano. Tengo el pulso vacilante después de las eternas gaitas, ya incurables, que tañen dianas y alboradas por mi hígado. Tu carta es admirable testimonio de amistad y de comprensión. Uno ya se había acostumbrado a vivir dentro de una situación escéptica frente a determinadas actitudes, ante suficiencias gallofas, y frente a inelegantes pedantes. Tengo plena conciencia de haber vivido los más amargos momentos que puede vivir un literato en un medio hostil. Pero en fin, todo ello no dejan de ser horas transeúntes. Uno ha trabajado y sigue trabajando honestamente, sin fraude, «al buen y fiel hacer» que repetía Quevedo. Por ello te agradezco las palabras amigas en ocasión de este premio que tiene para mí la trascendencia de su condición berciana y leonesa. Me abruman además los nombres de aquellos que lo han obtenido antes que yo. Tendré que ser ahora mucho mejor.

Tu carta, que uno quisiera devorar como esos panes líricos de la mitología griega, sería merecedora de atenciones tantas, que abarcarían todos los estamentos de una meditación muy honda. Yo creo que con los años se va decantando poco a poco el poder de acción literaria, que es, como tú muy bien dices, camino de duelos y quebrantos. Todo cuanto va formando esa pequeña intrahistoria de nuestra adhesión irresistible a una circunstancia vocacional, forma parte de un destino único, al que no se pueden oponer los argumentos aventureros e intrigantes que hoy parecen rezar en el misal de las letanías maledicentes. La obra de cada uno tendrá la suficiente amplitud como para dejar un testimonio de valores positivos o negativos. En cada tiempo, querido Ramón, el escritor se siente a su propio «organismo de actividades», como escribió Ortega en uno de sus ensayos estéticos. Yo, como tú, y como el más pintado se albergó en una plena noche fría. Quizá este honesto permanecer a cuerpo limpio, mejor este «hacer» peregrino en el tiempo nos hubiera perjudicado. Quizá, pero no tanto como para proclamar una lucha estéril, antes al contrario, cada día más cargada de verdades.

Por muchas razones he metido el alma dentro de crudos escepticismos. Vivo en una tierra donde disfrazarse de humor es la dramática solución ante los embates angostos de los mezquinos. Y en el invisible coro voy trenqueando, viendo cómo en los pajares ladra el can. Me refugio en mis versos y en mi obra que voy sacando a trancas y barrancas, en espera de editores que no llegan, de «amigos que no lo son», de envidiosos con alma de cristianos. Y no quiero claudicar, querido Ramón, de mi insobornable libertad. No quiero la limosna del político, ni tolero la genuflexión claudicante de quienes, proclamándose extremosos, son puros buitres de la dádiva. En fin, Ramón, mil gracias por tu carta y por tu felicitación, que me ha permitido esta expansión necesaria.

¡Ay, Ramón, Ramón! «Vivo en una tierra donde disfrazarse de humor es la dramática solución...» O: «Tengo plena conciencia de haber vivido los más amargos momentos que puede vivir un literato en un medio hostil.» De un modo u otro, ¿quién no vive en un medio hostil para las letras, donde al escritor se le piden adulaciones y servidumbres indignas, rebajamientos hasta la bajeza de hacer «reír las tripas» —otra prostitución intelectual—, de no crear problemas, de facilitar digestiones o fomentar cursilerías de menopáusicas o de vagos? Porque del intelectual, del desamparado e inerme domador de palabras —que también dan sus zarpazos—, se suele decir: «¡He ahí el enemigo!» Si te degradas, malo: el verbo es sagrado. Si no, te pudres en soledad y sospecha. Inexorable situación. ¿Qué abogado puede ser quien hace versos, escribe en los periódicos, publica libros, si en junto la múltiple tarea no da para comer y además crea problemas? ¿No es eso, en buena lógica tocinera, de loco, de meterse en aventuras de caballerías?

Para ir tirando era preciso disfrazarse de humor. Para que hubiesen pasado los momentos más ácidos, morirse.

Pero retornemos al buen camino. Como sabías mejor que yo, tu Villafranca del Bierzo —que don Pascual Madoz escribe Villafranca del Vierzo—, el romano *Bergido,* fue capital de provincia hasta que el valle se incorporó a León. Como te dije, allí nació tu amigo Antonio Pereira —felizmente reinante, digo, vivo—, hombre de sensibilidad y humor, con voz de trueno —como tú—, o más bien ponderadora y estilo con las conchas jacobeas de los peregrinos que dieron origen a vuestra *Villa Francorum,* allá por el siglo XII: rezo y trago, ofrenda al Apóstol y al mocerío, como Dios manda. ¡Qué bien lo pasaríais en vuestros primeros años por la bellísima capital del Burbia y del Varcálcel, dos ríos para un solo pueblo —perdón, villa—. En 1910 tu pueblo tenía 1.735 habitantes. En una década —censo de 1920— perdió 115, para llegar a 5.034 en 1950. (Desde entonces —como dicen

los meticulosos—no disponemos de nuevos datos.) Esto es: Villafranca resulta uno de los pocos burgos españoles que a pesar del absentismo o emigración interior y exterior no se despueblan en beneficio—y martirio—de la concentración capitalina y capitalista de la sociedad industrial y de consumo. (Bien la gozarías si leyeses lo anterior, con todo su coñeo en la barriga.)

Como es lógico, tú sabías muchísimo más del tema, vivido e incorporado a ti, como prueba tu obra lírica o narrativa. Quería expresar que naciste—luego te desarraigaron, para mayor nostalgia y sublimación—en un lugar muy frecuentado, con gentes de muchos países, pecados y esperanzas que pasaban a orar ante el Hijo del Trueno. Y las tales dejarían sus leyendas, de donde os llega a los villafranquinos el amor a la fabulación, o lo que viene a ser lo mismo, el deseo de vuelo, de salto creador, de ver mundo. Y el gusto por el idioma—de un costado el gallego, de otro el castellano-leonés—, y el saboreo de la palabra, en la que se agazapa y vive tanta historia. ¡Qué topónimos los de tu tierra, querido Ramón! Repito éstos, que llenaría de sorpresa, música y misterio al niño que iba para poeta, puestos por orden alfabético para evitar cuestiones etiqueteras de precedencia: Arganza, Balboa, Barjas, Berlanga (del Bierzo), Burbia, Cabarcos, Cacabelos, Camponaraya, Caudín, Carracedelo, Corullón, Fabero, Oencia, Paradaseca, Peranzanes, Sancedo, Sobrado, Trabadelo, Valle de Finolledo, Vega de la Espinareda, Vega de Valcarce, Villadecanes y el inscrito en tu piel y en tus huesos, la cabeza del valle: Villafranca del Bierzo. ¡Gran letanía para dejar limpio el asombro, para echar a vuelo la fantasía del niño, para enamorar el oído y el corazón del hombre!

Desde que te moriste—poco tiempo para nosotros—han pasado muchas cosas, demasiadas cosas, algunas eternamente repetidas: la guerra con unos u otros pretextos y cabezonerías. Ahora—¿se te desbordó el corazón por eso, no pudo tu hígado con tensiones tan atroces?—ocurren demasiadas cosas, y no pasan: se quedan hasta enconarse: *pasa lo eterno, queda lo mudable.* Y el hombre no acaba de cumplir su fin: vivir bien no sólo en lo animal, sino en lo que justifica y cumple: ser feliz. Felicidad, fin, que se confunde con los medios para lograrla: salud, dinero, conocimiento. Yo creo que la felicidad es posible—creer no es tener—porque se realiza en cada uno a su manera, complementaria y no excluyente: dependemos de los demás como ellos de nosotros. ¿Que este saber no cura las llagas y las desazones? Seguramente, sobre todo según el estado y estadio de necesidad en que nos encontremos: del mero subsistir a lo eterno.

Entre las cosas que no pasan, que insisten, persisten y nos destrozan está la guerra, como sabías. La generosidad más loca preside los

gastos bélicos —¡el pingüe negocio de la guerra para unos cuantos: los que no mueren!—, sin correlación para la paz, para la vida. ¡Ahí están los 35.000.000.000 de dólares —treinta y cinco mil millones— anuales confesados de una sola guerra: la del Vietnam. Cada vietnamés, del Norte o del Sur, podría ser millonario y proamericano —y hasta americano— si se le hubiese dado lo que se gasta en metralla que no acaba de matarle. Pero ¿y los armamentistas, y la libertad comercial, y la libre decisión del destino de los pueblos? (También las Inquisiciones han trabajado —y trabajan— para salvar el alma, quemando el cuerpo, el habitáculo del alma para que no sufriese en este cochino mundo.) Tendría mucha gracia el lance si no nos hiciera blasfemar —y perdernos—, si no nos entigreciese. ¿Recuerdas el milagro alemán? Sencillísimo: carecer de gastos militares. ¿Te fijas en los bandazos de Francia? El programa atómico, la *grandeur* gaullista. Mas el general se ha ido, ¡y ahí queda eso! ¿Que la culpa es de los acontecimientos de mayo de 1968? ¿Y quién provocó los *sucesos,* sino las cargas fiscales, los gastos públicos —el miedo y la coraza protectora, el disuasivo, el prestigio—, inútiles siempre que no sean eficaces —para soñar está la literatura—. Y repara en que no digo morales. Vamos embarcados en el mismo planeta y tratamos de poner de rodillas y a mercado abierto al vecino, a nuestro servicio a calzón quitado. Y el pulmón de Francia —el trabajo— no pudo con los gastos atómicos y delirantes. El general De Gaulle —con todos los respetos al resistente y patriota, menos al bonapartista y disciplinario— no ha quebrado, mientras andan en la pobreza y en la fatiga muchos franceses.

¿Que para qué te hablo de todo esto? Aún sigues vivo en tus hijos, en tu obra —desatendida por perentoriedades inaplazables— y en lo que deseabas: paz en justicia, paz por justicia, justicia por conocimiento, conocimiento por libertad, libertad que hace felices. ¿Que esto es política, internacionalismo? No. Me duele —¿por tonto?— el mundo en que vivo, vuestros males, mayores que los míos. Y, por otra parte, el intelectual —con perdón— debe ganarse el pan y la paz para escribir con independencia —y poder callar con honor—, sin hacerlo sobre las espaldas del prójimo en nombre de superioridades sucias y falaces. Además de escritor, el intelectual —sigo pidiendo perdón y perdones— es un ciudadano —sí, molesto, menos amaestrado—, y todo lo de la *civitas,* lo atañedero a la *polis,* lo de la sociedad en que está y es o no es, su tiempo y su mundo, le es propio. (A no ser que se confine, se encarcele, se egoistice, no llegue a nadie ni nada llegue a él: mientras esté vivo y en amor.) No la política —es triste tener que insistir en lo normal entre normales— como medro, extorsión o monopolio, sino en cuanto creadora de sosiego y entendimiento. Hombre despolitizado —o acé-

falo, o desalmado, o cualquiera otra mutilación rebajadora—, hombre animalizado. *Zoón politikón:* sin lo segundo la definición queda en lo primero, por bípedo que se presente.

Insisto —me podrán quitar el dolorido sentir, yo no me callo: lo mío es el verbo— ¿política esto, tontos —o pillos— míos? ¿Y por qué no vida que nos aprieta y ahoga? ¿Por qué no algo que nos atañe y pagamos? ¿Acaso no me afecta, no me importa a qué carta quieren jugarme, la última libertad de escoger el árbol donde ahorcarnos? ¿No pinta nada el hombre en sí? Y ahí le duele, por ahí —y por el conocimiento, insuficiente hoy— van los tiros del descontento, del peligro, de la inseguridad, querido Ramón González-Alegre Válgoma o de la Válgoma por si es más preciso o heraldiza más.

¿Y qué decir de la histérica sensibilidad huidiza de las monedas o divisas nacionales? (¿Ser, igual a moneda, en lo político internacional? ¿Dime cuántas armas tienes y te diré quién eres? ¿La cantidad convierte el asesinato en heroísmo?) Cada vez andan más traspilladitas, cloróticas y para menos las pobres. ¿Por qué no hay una Interpol monetaria que persiga los delitos económicos, para desmontar el gangsterinato de la especulación dineraria, sin ley y sin patria, como existe para los delitos penales? ¿Por qué no es alta traición —y juicio sumarísimo— la evasión de capitales que provocan el paro y la miseria? ¿Por qué no se devuelven a su origen e incorporan a la propiedad nacional lo privatizado deslealmente, cuando menos de modo azoroso: el santo sudor atesorado de los demás? ¿Qué ocurre para que no se realice lo fácil y claro y se orquesten virguerías de ocultamiento, lenguaje críptico —científico y técnico le llaman algunos—, eufemística y procedimientos enrevesadísimos, inmensas polvaredas para cegar los ojos linces y facilitar la fuga de los delincuentes? ¿Hay una internacional de la confusión para hacer titubear a los ingenuos?

¿Que por qué te digo todo esto, me repiten? Porque si no se lo digo a los muertos —para no reventar de convicción y drenarme, por decirlo a lo fino—, ¿a quién se lo voy a contar que me escuche o no me fulmine? Los que viven del trabajo ajeno —en vez de trabajar para los demás, que los demás trabajen para uno, dice el ingenio cínico; desnudarse al contado en vez de vestirse a plazos, y otras lindezas—, de la confusión o de la fuerza en monopolio sacarían a relucir a Dios, a la Patria o a la civilización occidental. Y proseguirían mintiendo, porque Dios, la Patria o la civilización occidental dejan de ser respetables y sagrados si quieren el mal, serían hechos repudiables con nombres santos. Y los que impiden la alegría y fomentan el batiburrilo son el mal. (Digo *los que,* no *quienes,* porque andan despersonalizados, son bultos, no personas. Y porque se ha

dicho divinamente que Dios calla, pero no siempre. Y la Patria también trae un día a cuentas. Y porque acabamos por morirnos.)

Igualmente, querido Ramón, *hemos* llegado a la Luna. (Me incluyo por si acaso estoy en el censo de los hombres. Si no, con borrarme... Porque yo, si no he ido a la Luna —ni alunizaré—, siempre he caminado por ella, un tanto lunático, como tú, Ramón, y otros excelentes compañeros.)

El Apolo XI —la nave espacial—, salió de la Tierra el miércoles 16 de julio de 1969, a las 9,32 horas, de Cabo Kennedy (USA), nombre puesto en honor del presidente norteamericano asesinado con la sospecha del mundo y el más impenetrable secreto. Pisaron la Luna —primero el civil Armstrong— el lunes 21 de julio de 1969, a las 3 horas y 56 minutos de la madrugada, ante los ojos y la expectación de nuestro planeta. El jueves 24 de julio de 1969, a las 17 horas 49 minutos y 50 segundos amerizó la cápsula espacial —cayó invertida— en el lugar previsto del Pacífico. El suspiro de alivio de millones de seres humanos conmovió la Tierra: habían vuelto los héroes del espacio, aunque otros hombres de la misma sigla bombardeaban en el Vietnam. (Un Phanton de bombardeo —los que se mandan a Israel—, cuesta por encima de los 450 millones de pesetas. Sí, has oído bien.)

En el intervalo —19 de julio— Edward Kennedy —hermano de Robert, aspirante a la presidencia de Estados Unidos, también asesinado—, sufrió *un accidente* —algunos dicen que de la *golferancia dorada,* Ramón— en el que murió la joven mecanógrafa y secretaria de Bob, para los íntimos, Mary Jo Kopechne. (De los tres casos aún no sabemos nada en claro y probado, quizá por cierto dombeltranismo ininteligible para mí.)

En nuestra España —«alegre de azafrán», decía Alfonso X el *Sabio*—, el martes 22 de julio de 1969, en un pleno extraordinario de las Cortes Españolas —copio de *A B C* de Madrid del 23 de julio de 1969—: «Por una arrolladora mayoría (94,6 por 100 sobre los votos emitidos), S. A. R. Don Juan Carlos de Borbón fue ayer proclamado Príncipe de España y sucesor, a título de Rey, en la Jefatura del Estado», a propuesta de S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y Jefe Nacional del Movimiento.

Los hechos son importantísimos para nosotros —el foráneo y el de dentro—, pero no tengo tiempo —ni éste es lugar para pronunciarme sobre ellos.

En una placa conmemorativa del prodigioso vuelo aeroespacial, se grabaron palabras históricas que mañana deberán saber los niños para ingresar en el instituto: «Aquí pisaron por primera vez la Luna

los hombres venidos del planeta Tierra. Julio, año 1969 del Señor. Vinimos en paz en nombre de toda la Humanidad.» ¿Habrá alguien que logre llegar al mismo sitio y recoja la placa indicadora y representativa o el polvo lunar la sepultará hasta hacerla inencontrable? (Se me advierte que no se puso la fecha con más pormenor, por si no coincidía con la realidad, y por un prurito de información veraz, aunque poco precisa.)

En una línea de honor, debajo del texto copiado, aparecen las firmas de Armstrong, Collins y Aldrin. En modesta y refrendaria línea inferior estampa su firma Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos de América, la de nuestro Whitman y la del *Mayflower,* a cuyo bordo llegaron los *pilgrim fathers* o padres peregrinos en 1620 —huyendo de la intransigencia religiosa de Carlos I, el católico—, para fundar Nueva Inglaterra. Los puritanos habían encontrado su tierra de promisión y dicen que la libertad su patria. (El tema es tentador e intocable, por las aducidas razones de espacio y tiempo, querido Ramón.)

La fecha del 21 de julio de 1969 es capital en lo tecnológico: triunfo, un tanto desalmado, de la ciencia. Los nuevos Colones no han llegado por ellos a la Luna, sino *disparados* al satélite terrestre, tan envuelto en mala y buena poesía. No ha intervenido su voluntad, sino en una medida imprescindible para no suicidarse. (En España un monterilla puso este cartel: «Se prohíbe el libre albedrío», que él interpretaba como mero relajo, porque no debía estar muy al tanto en teología.) No ha jugado ni siquiera el azar, salsa de la aventura, ventura al fin. A Ulises —ahí está *La odisea,* genial novela de aventuras prodigiosamente escrita en verso— le guiaban los dioses olímpicos, un poco trástulos y muy dados al amor sin píldora ni discriminación entre diosas y mortales. A Colón le mantuvo la fe y le encandilaba el oro. A Don Quijote el albur y el Norte amoroso de Dulcinea. A los astronautas yanquis —igual si hubiesen sido rusos o andorranos: no hay otra posibilidad hoy—, un inmenso equipo mundial costosísimo, mecanismos y cálculos a priori, impresionante —y esperanzador— trabajo en equipo y razón. Mas ¿para qué? Esta es la gran pregunta para que los actos no sean gratuitos o inconfesables. ¿Somos más hombres ya? ¿Hay mayor paz y seguridad en el corazón de las criaturas? ¿No es un juego peligroso y cruel —el estúpido prestigio de los *grandes,* y detrás la política militar, no la dialéctica y fraterna—, en tanto centenares de millones de semejantes, de prójimos —y herederos de Su gloria— se mueren de hambre? ¿Por qué a los negros se les segrega de los blancos, les descepamos de sus tierras para ser convertidos en esclavos, para que lloraran quemadora poesía Sédar Sen-

ghor o Aimé Césaire? Mientras los astronautas derrochaban millones —¿para qué?, hasta que me quede tranquilo—, aquí hay miedo, guerras, llanto remediable. Porque no nos podemos saltar las leyes de la Naturaleza, querido Ramón —hay que conocerlas para no infringirlas bajo pena de muerte o desgracia y subhumanidad—, pero sí somos capaces —¿somos capaces?—, teóricamente, de resolver nuestros propios asuntos. Yo no digo «¡que inventen ellos!», sino «inventemos para aquí, de tejas abajo, de momento. Luego iremos donde sea. Mas primero nuestra morada terrenal, tan sin barrer, la desdichada». Bendita sea la ciencia, la que liberta, la que agranda, la que consuela. Maldita la empleada en jibarizar el pensamiento humano, en acentuar el dolor con el saber, en convertir en número canjeable, sin rostro, al hombre, como esos capitales ginebrinos que se entregan a cifras y contraseñas, no a personas. ¡Porque ay de la ciencia —y de los científicos, que la crean— que no cura, acompaña, ennoblece! Epicuro —nada hedonista como se ha repetido por el degradado *epicureísmo* de los cerdos, ni Maquivelo es maquivélico, sino Maquiavelo—, dijo hace siglos, milenios: «La filosofía es vana si no cicatriza las llagas del alma.»

¿Vulgar, verdad? La Luna a su tiempo, cuando esté la Tierra en orden, en justicia, en fraternidad. Lo demás es indigno, puro fuego de artificio, justificación del despilfarro, si no tuviésemos un cinturón de satélites con bombas atómicas amenazando los sueños de los niños del mundo. ¿También sentimentaloide, melodramático, tangueante, señor matachín?

Federico García Lorca —¡genio tan mal pagado!— escribió y musicó en su «Zorongo», de *Cantares populares* —sin asustarse de la rima del título, tismiquistas bizantinos—:

La Luna es un pozo chico,
las flores no valen nada,
lo que valen son tus brazos
cuando de noche me abrazan.

Ni la Luna, ni las flores: el hombre en amor. En ese «pozo chico» se han podrido y evaporado mares de lágrimas, alguna nuestra. Ramón. La ciencia —y la Luna— están al servicio del hombre o no valen nada aunque cuesten demasiado. Se vive —en lo animal— mejor que *antes*. Gracias a la ciencia —¿quiénes la han hecho posible?—, a la razón, comienza a haber más justicia, más igualdad, aunque todavía no la suficiente y posible, para más inri. Y el proceso es irreversible, de no acabar todo en un fogonazo cósmico estúpido. Mas ya podía estar aquí, comulgada, esa hermandad imparable, ¡pero tan lenta! Tú no la alcanzaste, Ramón. Yo desespero de verla si echo la vista

alrededor, esa circunstancia que llega a los confines de la Tierra. Si no hubiese tanto progreso tecnológico no habría llovido tanto napalm sobre los inocentes, en los que todos nos manchamos. Ya no podemos achacar saña a las fieras, que hacen lo que les manda su estructura: no tienen decisión, carecen de libertad. ¿Tampoco nosotros, fieras responsables?

Y no sigo por esta calle —que ya no es mi calle, Ramón—, porque me achico y anonado: soy inútil, incapaz de remediar nada, mi voz no llega a parte alguna. Pero medita, tú que tienes la eternidad por delante —¿o es la nada?, ¿qué es el no ser?—: protestantes y católicos se matan, se han matado y se matarán, si Dios no lo remedia —¿qué Dios?, ¿es lícita la pregunta?— en Irlanda. Egipto e Israel también se hacen la *guerra santa,* aunque ande por medio el petróleo, el Mediterráneo, el canal de Suez, la economía y la terrible partida de los poderosos que mueven *sus* peones y luchan hasta el último de nosotros. La guerra Nigeria-Biafra asimismo tiene un trasfondo religioso —¿o lo religioso, lo cultural es la pantalla, el taparrabos de la fuerza impresentable, en pelota?—. (Los periódicos registran para vergüenza eterna: millón y medio de muertos ha causado el hambre en Biafra. ¿Y en Nigeria? ¿Y esa terrible requisitoria de *Geografía del hambre?* ¿Y el millar de muertos, para empezar, en la India —Ahmedabad—, porque vacas hindúes —sagradas— han entrado en una Mezquita musulmana? ¿Y...?) Hasta se ha dado esa guerra civil —todas las guerras son entre hermanos, ¿o luchan hombres contra seres de otra condición?, ¿o no procedemos del mismo tronco, según la ciencia y las mitologías?—, la guerra intestina de El Salvador-Honduras, que nos llena de tristeza y estupor. Parodiando la célebre frase, podríamos decir horrorizados: ¡Dios, Dios, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Y no por escandalizar —postura infantil—, ni para aludir a éstos ni a los otros, sino a todos, entre los que me incluyo en cuanto me toque por acción o por omisión, por incapacidad o por cobardía. Quiero recordarte la posición autorizadísima —murió en la hoguera calvinista el 27 de octubre de 1553, leña verde de encina y corona de paja rociada con azufre en las sienes—, las palabras de Miguel Servet, acabado a los cuarenta y dos años, Ramón, menos que tú: Federico, treinta y ocho; Miguel Hernández, treinta. En una carta a Ecolampadio (1482-1531), cuando apenas tenía veinte años el aragonés genial que descubrió la circulación menor de la sangre, decía con superior nobleza —estamos en la primera mitad del siglo XVI, no se nos olvide—: «Si hay que condenar a todo el mundo que yerra en un punto particular, entonces había que condenar a todos los mortales mil veces.» Y agrega el mozo español que ya andaba

por Europa verbo en ristre, sin poder negarse a su destino, asumido con fe: «Si yo he tomado la palabra, por la razón que sea, ha sido para proclamar que me parece grave matar a los hombres con pretexto de que se equivocaron en la interpretación de algún punto, pues sabemos que hasta los elegidos yerran.» Eran tiempos de esperanza y reforma, que apagaron a sangre y fuego los fanatismos, de los que somos hijos. Mas Calvino fue incapaz de quemar en Ginebra —*Genève, ville de refuge*— el pensamiento de Servet —equivocado o no— y menos la conducta —responder de las ideas y de los actos con la muerte—, tan edificadora en momentos de ferocidad política —la religión desacralizada: se ha podido hablar por García Pelayo de *razón de partido* sucesora de *razón de Estado*—, que tampoco impedirá el futuro. Y siempre es preferible —mejor vivir— Servet a Calvino, el asesinado al asesino. Y gracias a los que testimoniaron con su sangre su verdad, el rebaño se personifica, podemos caer algo más tranquilos: aún hay princesa que cantar. Aunque nos quemen las palabras desde la cárcel del pobre mártir: «Calvino, por su gusto, quiere hacerme pudrir en la prisión. Los piojos me comen vivo. Tengo deshechos los zapatos. No puedo cambiarme de jubón ni de camisa.» A la carta servetiana —tampoco tuvo abogado defensor— al Consejo de los Doscientos respondió el silencio. No se le hizo caso, pero gracias a él puedo escribir hoy sin delinquir hasta la cremación en la hoguera.

(El aguafiestas de turno, para minimizar el descubrimiento servetiano, pregunta: ¿Y qué me dice del médico damasceno Nafis, del siglo XIII? ¿Y del palentino —Servet acabó por hacerse francés, acusa el nacionalista— Juan Valverde de Hamusco en su *Historia de la composición del cuerpo humano?* Pues no le digo nada, sino que a la Historia me remito, y que historiadores tiene la ciencia. Y, primordialmente: que Miguel Servet murió por no desdecirse, por no mentirse a sí mismo, por anhelar claridades. Y que me arrodillo ante las cenizas del de Villanueva de Sijena, quien perseguido por los intransigentes lobos de la época —le echaron a su hermano para cazarle—, tuvo que cambiar de nombre, recurrir al anónimo, ir de un lado para otro, sin que pudiese evitar la hoguera por delaciones y procesos amañados. Y, dentro de la desgracia, no le quemaron en su patria.)

Te recuerdo estos vendavales religiosos —ahí está tu libro de versos más cuajado: *El ágape de Dios*—, porque a ti te desveló —¿a quién no?— el gran enigma de Dios, desgarrador en unos, esterilizados para El en otros, remanso para unos cuantos elegidos. Y vuelven las preguntas eternas: ¿depende de nosotros la fe, si no participamos en nuestra hechura?, ¿la gracia se alcanza, se merece o se tiene gratuitamente? En otro orden de cosas —¡igualmente doloro-

sísimas!—, recuerda el lamento de Cervantes, que a luz de la gracia aleatoria —¿por qué necesidades que no se pueden satisfacer cumplidamente?— alcanza un nuevo dramatismo:

Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

«La gracia para cantar, / ni se compra ni se hereda...», arranca una copla que recuerdo de mi origen campesino. Si esto es así, y yo lo siento y padezco como otras sequedades y convulsiones, ¿de qué presumir, de qué envanecerse, de qué culpa? Y, por otro extremo, asimismo al rojo vivo: ¿hasta ese límite somos condicionados, dependientes, prefabricados? ¡Ay, Ramón González-Alegre, tan tolerante y comprensivo, tan ciego a ratos como cada hijo de vecino, con perpetua voluntad de entender, de llegar a tranquilidad, que no alcanzaste! ¿O estar sin duelo equivale a morir?

Te podría recordar dos centenarios importantes, uno para bien, otro para mal: Maquiavelo —cinco siglos que vino al mundo el florentino— y Napoleón —doscientos años de su nacimiento—: un pensador —y sospechado—, un militar —bombeado— metido a político, un deseante de razón y un ambicioso carnicero. (¿Y tú tolerancia?, me tiran de la chaqueta. A los hechos me remito. Tolerancia no es anarquía y relativismo moral, apeo de juicio y de responsabilidades.) El tema —más bien el problema, aún no resuelto— es qué prima: el sable o el verbo. Y mientras Napoleón se enrojece de sangre y desprecio, Maquiavelo se aclara y magnifica, porque no es el amoral que dicen los analfabetos o interesados negociantes en hombres, sino el vivisector del Poder político, el genial analista de los hechos sociales, la inteligencia que aspiraba a saber a qué atenerse, el patriota que deseaba la independencia de su patria, la Italia invadida, el campo de batalla de Europa, la llamarada del Renacimiento y la inerme y prodigiosa península. Napoleón es una expresión del masoquismo de la especie —¿en sus crímenes nos curamos el resentimiento de no poder cometerlos?—, el abuelo fiera.

Para nosotros —algunos españoles metidos en poesía— se va el centenario del nacimiento del riojano matutense— ¡y Antonio Cillero, el fervoroso amador de la Rioja rezongando y desoído!— don Esteban Manuel de Villegas. Ya ha pasado el 3 de septiembre, día de su muerte en 1669, en Nájera, y no digamos el 5 de enero de 1589, fecha de su bautizo. Fuera de un ramo de flores silvestres que confiamos al Najerilla en la más absoluta soledad de un amanecer agosteño, nada que

sepamos. Aún no hay una lápida en la casa natal de Matute, ni en la que murió en Nájera, ciudad hermosísima —¡Santa María la Real!— en la que se casó —¡quince años mi doncellica Antonia de Leyva y treinta y ocho el poeta!— el 6 de agosto de 1625. (También Villegas tuvo que ver con la Inquisición.) Así nos pintó a su fertilísima esposa:

Su tez vivaz y fácil de lisura,
boca y frente pequeñas, ojos grandes,
con más de esquividad que de blandura.

Sus cabellos los Alpes o los Andes,
son oscuros y espesos; sus mejillas
o bien Chipres o pénsiles de Flandes,

siempre frescas y rojas, no amarillas;
sus cejas y pestañas, con más tiento
que si al pincel quisieras reducillas.

Y es que todavía somos más pobres de afecto que de dinero: tísicos de alma o hécticos, como se decía en su tiempo. En desagravio, he aquí el tributo del maestro Jorge Guillén en su oceánico *Homenaje,* bastante para gloria de cien poetas aunque no viniese después de *Cántico* y de *Clamor,* alegría, solidaridad y gratitud, tres gracias y un solo poeta verdadero.

Dulce Villegas, que al presente ritmo
Diste un acento de fervor con gracia:
Te restituyo tu joyel de músico.
¡Sáfico adónico!

Como verás, Ramón, tú has tenido suerte. O amigos. O sensibilidades arropadoras. O... (¡Y siempre con las mutilaciones, sin poder acabar de vaciarse y quedar en paz!)

Has muerto joven, Ramón, y no voy a decir si es bueno o malo, términos muy simplistas y a matizar. Mas en ese tiempo que no alcanzó ni medio siglo, tanteaste muchas veredas, caminos reales y atajos, para al fin, en 1962, nos dices, hallar la paz en la fe: «Me afirmo evangélico por necesidad, católico por gracia y libre por naturaleza.»

Hiciste un doctorado en Derecho, por presiones de los que en ti mandaban económicamente, con lancinante abandono de los estudios de Filosofía y Letras, lo tuyo y nunca dejado. Hasta fuiste del Ejército del Aire en la guerra civil española de 1936-1939, licenciado este

último año por haber contraído una grave lesión, supongo que la cardíaca.

Tuviste mujer y cinco hijos, una casa, pleitos propios y ajenos, duelos y quebrantos como —o más, por ser un tanto desmesurado en el querer, y no se funden los fríos, si bien tampoco alumbran— cualquier nacido de madre. Y aún te quedó huelgo para la prosa, la poesía y los viajes, para la polémica, los estudios, la fundación de revistas: *Espadaña,* de León, con Nora, Crémer y López Anglada, entre los notorios; *Alba,* más tuya, con Otto José Cameselle Barcia, arrebatado a la poesía por la jurispericia. Sin contar con las colaboraciones en la prensa regional y en el *A B C* madrileño, donde apareció un trabajo tuyo después de muerto —un póstumo que se retrasó porque vivías, a lo peor—, lo que tal vez suponga que te espaciaban las salidas impresas. A más de una entradilla cariñosa, aparecía el retrato fotográfico que llena la portada de *El ágape de Dios:* ya casi completamente calvo, con máscara teatral grecorromana para impersonalizar y concernir más patetismo a la palabra, aunque te actualizaba una mirada triste, insistida, entre lejana e íntima, como si vieras lo indecible. Y una boca cortada por aires marineros o pleamares del corazón, asombrada por una nariz sensual, al menos carnosa. Y una barbilla con voluntad —quizá mejor mentón, más varonil en lo fonético—. Retrato un poco ya de muerto, ahora, a hechos pasados, mejor revelado, con los signos más significados. Rostro campesino, hasta serrano, trabajado por el estudio, con mucho de tierra labrantía y desasosegado recelo.

El ágape de Dios lleva los requisitos de circulación —*consulta voluntaria* creo que se intitula el trámite—: número de registro y depósito legal, ambos fechados en 1964. El colofón testimonia que se acabó de imprimir en Madrid el 10 de diciembre. Mas una cosa es acabar la impresión y otra que el libro esté listo para rodaje o circulación. Es casi seguro que se puso a la venta en 1965. Mi ejemplar no debió de ser el último enviado, y dice, a más de la dedicatoria: «Vigo / Marzo / 8-1965». Estoy en que ésta es tu entrega final de poesía. Otros libros poéticos fueron *Clamor de tierra, Raíz de las horas, Romería, Los manantiales, Os namoros, Los poemas del pavor y la piedad,* así como *Ronsel na fonte,* que no recuerdo haber tenido entre mis manos.

Tu primer volumen en prosa fue un ensayo: *Literatura gallega contemporánea,* de importancia al margen de coincidencias o discrepancias, que las tuvimos y solventamos mejor que por carta entre concepto y albariño —vino que gana en el mar: no se marea—, en las islas Cíes, erotódromo —a veces está uno fino— de los que pue-

den y salen a viajes importantes de negocios. Posteriormente apareció en la Colección Adonais tu *Antología de la poesía gallega contemporánea* —hasta 1958—, edición bilingüe, donde se prueba la honestidad de los traductores. (Y te trajo esas inquinas para toda la vida que suelen producir las antologías, de mayor virulencia cuanto más localizadas o temáticas.) *El libro de los andares* (1968) recoge crónicas, fogonazos, apuntes de tu pasión viajera por ambas Castillas, la Mancha, Andalucía y Galicia. Por fin, que yo sepa, salió el viaje a la Galicia esencial —en palabras tuyas—, *Por entre el arpa y la saudade,* subtitulado «Hombres y tierras de Galicia», uno de los libros en castellano —tú eras escritor y poeta bilingüe— mejor escritos y de más amor a la tierra céltica que yo conozca: bagabundaje, tacto poético y acercamiento a los demás. (En gallego no habrá ciudad mejor cantada y contada que Allariz, a la que el magnífico escritor y dramaturgo Marcial Suárez ha dedicado un libro singular: *O acomodador e outras narraciós.)* Cuando se echó a caminar *Por entre el arpa y la saudade* era 1965. En tu año final —1968— recibí *Teatro galego,* en cuyo ofrecimiento, en buena tinta muy negra, a más de lo cariñoso particular defines así tu empeño: «... estas farsas de amor, de muerte y de enamoro, escritas en el viejo idioma de la romania gallega y berciana».

Hago un recuento indicativo, no integral, para manifestar tu juvenil inquietud y tus múltiples solicitaciones: poesía, teatro, ensayo —véase, por ejemplo, «La acción poética en el teatro de Eliot»—, crónica viajera, artículo de periódico, crítica literaria, más la abogacía o la conferencia. ¡Qué voluntad en un hombre tempranamente enfermo —a los diecinueve años, nos informas—, desde los dieciséis metido en acciones militares de la guerra civil, quizá otorgada la mayoría de edad «por concesión de la Patria», según la fórmula legal del tiempo.

Como en tantos casos, ¿tenías prisa porque tu inconsciente conocía sus límites? ¿Te impulsaban los vientos de la muerte, y de ahí tus acelerones, apresuramientos, inquietudes, tanteos y fantasías? Algunas veces he oído a la malevolencia ingenua de café con leche —o café solo— y mucha agua, calificar de mitomanía alguno de tus aspectos. Yo lo negaba y lo niego: era don de fabulación, capacidad creadora, inventiva, gracia de pasar de un mundo a otro, porque para los poetas no hay tantas fronteras como para los demás: transitan de la realidad al sueño —del entusiasmo al desfonde—, viven en el sueño y sueñan en la realidad, psicológicamente anfibios, sin que les falte el aire respirable en ambos reinos. Considero ésta la opinión más totalizadora y correcta.

El caso, querido Ramón, es que estoy con envidia y miedo de tu

muerte. Ya me gustaría descansar, aunque pienso que debo cansarme todavía más, porque el descanso, si no hay sorpresas —yo titubeo más que tú, sin poder remediarlo: me han hecho así los genes y el medio—, el descanso va a durar lo suyo. Mas el vivir —no el morir, aunque sea posible— es asunto de mi negociado, y respondo de él. Aunque el vino tenga más posos de los debidos, aún queda gana de beberle: se avecina un tiempo que permitirá morir tranquilo. ¿O también mitomanía, evasiva, ceguera para la realidad? Yo quiero decir: pasar al otro lado del tiempo con la satisfacción de no ser tan malvado como nos quisieron hacer creer, tan pecadores sin culpa —nos originan, ¿en pecado?—, menos libres y en igual medida miserables de lo que pensábamos juvenilmente, si la juventud es hora de pensamiento. Aunque los deterioros parezcan indicar lo contrario, estamos más sabrosos a que la libertad radical es asunto de puertas adentro del hombre, y de puertas afuera en lo social, para no vivir libre entre esclavos o ciego entre libres. Si el pecado es saber, empieza con el conocimiento —«Nostrum peccatum incipit quando scientia incipit», decía el desdichado tocayo Servet—, ¡qué poco pecadores somos, al menos yo, no por falta de culpa, sino por sobra de ignorancia!

Ultimamente me entero —siempre la caldera a toda presión— de que habías entregado a una editorial el libro *La cabeza,* segunda parte de *El libro de los andares.* Y sin contar con los versos, que aparecerán casi infaliblemente —¿o te habías *pasado al enemigo,* a la prosa?—, te quedaban a disposición de las empresas —¡cuánta frase hecha y cuánta agazapada angustia destroncadora!— *Hablando de ibéricos, Viaje a la Maragatería* y, con el rabo por desollar, *Cuentos gallegos parlantes del Bierzo.*

¡Y las puertas cerradas, Ramón! ¡Y por faenas devastadoras para ganar el derecho a escribir, ya que no a la publicación, tan difícil y chiriposa! (No todos los que editan aman al libro, sino que valoran la mercancía.) Y revelaré un secreto: el escritor español, en general, no aspira a vivir de su pluma —¿es indigno yantar del cantar?—, sino a poner en circulación lo que logra. Y ni aun eso es hacedero a todos. A lo sumo, realizable en parte a costa del propio peculio —¡quitárselo a los hijos, a la familia, al descanso!—, de la mendiguez al editor. Y ya el libro en la calle, después de la tremenda carrera de obstáculos, ¡el silencio, la frivolidad, la analfabetería pontificante de los que no leen y de los que no saben leer, por más que realicen el milagro de escribir!

Como verás, amigo Ramón, no hay forma de cambiar sino penas, con el aderezo de alguna pequeña satisfacción: estar justificado, a ratos, ante uno. (¡Y muy a ratos!) ¿A quien nace para burro del

cielo le cae la albarda, como dice el fatalismo y desengaño del refranero, lo que prueba, entre col y col, que lo nuestro viene de muy atrás, que somos diferentes, casi una excepción, lo que supone marginalidad más que excelencia? Quede la interrogante como una bandera batida por vientos muy encontrados, aunque tengamos respuestas muy jarreadas y no tan galimatiosas como parece en vista de los confundidores de oficio, ciencia muy desarrollada y rentable.

Y ahora en serio, Ramón: hasta que nos veamos. Y la paz.—RAMÓN DE GARCIASOL *(Cristóbal Bordiú, 29. MADRID-3).*

UN SERMON DE ESPINOSA Y MEDRANO

Es la oratoria del siglo XVII un género frecuentemente desdeñado por la crítica contemporánea. Una de las causas de este menosprecio es, sin duda, la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas,* otra, el poco interés que hoy tenemos por este —casi desaparecido— género literario.

Sin embargo, la crítica del padre Isla no sólo denota la decadencia de la oratoria sagrada, sino también la rivalidad entre las órdenes religiosas de aquella época; sería pues distinto «si el autor fuese fray y el gerundio fuese padre».

Fue sin duda Juan de Espinosa y Medrano uno de los más famosos oradores de la América española del XVII. Alfonso Bravo de Paredes le llamó «Fénix Criollo» y «Demóstenes Indiano». Fray Miguel de Quiñones, «Flor de los Ingenios». Francisco González Sambrano escribió un libro entero en su alabanza, titulado *Gloria enigmática del Doctor Ivan de Efpinofa Medrano,* y el pueblo dio en celebrarle con el sobrenombre de *El Lunarejo,* por «averlo feñalado Dios con vn lunar en la cara» (1). Tampoco le olvidó el polígrafo limeño Pedro de Peralta y Barnuevo, quien en la estrofa CXXXI del canto VII de su poema *Lima fundada* le dedica la siguiente octava:

Dispón la admiración para el que objeto
Es de mi vaticinio esclarecido;
Del Helicón peruano alto discreto
Apolo, de sus musas aplaudido:
El Espinosa, a cuyo fiel respeto
Las ciencias tal tributo habrán rendido,
Que el veloz ejercicio de estudiarlas
No aprenderlas será, sino imperarlas.

(1) JUAN ESPINOSA Y MEDRANO: *La novena maravilla,* Madrid, 1695. Prólogo a los aficionados del autor, III.